El Libro de los Secretos de Enoc

INTRODUCCIÓN

Este nuevo fragmento de la literatura primitiva salió a la luz gracias a ciertos manuscritos recientemente hallados en Rusia y Serbia, y hasta donde se sabe, se ha conservado únicamente en eslavo eclesiástico. Poco se conoce de su origen, salvo que, en su forma actual, fue escrito en algún lugar alrededor de los comienzos de la era cristiana. Su último editor fue un griego y el lugar de su composición, Egipto. Su valor reside en la indiscutible influencia que ejerció sobre los autores del Nuevo Testamento. Algunos de los pasajes más oscuros de este último serían prácticamente inexplicables sin su ayuda.

Aunque el conocimiento mismo de que tal libro existió se perdió durante probablemente 1200 años, fue, sin embargo, muy utilizado tanto por cristianos como por herejes en los primeros siglos y constituye un documento de gran valor en cualquier estudio de las formas del cristianismo primitivo.

La obra cautiva al lector que se deleita dando rienda suelta a sus pensamientos y volando a reinos místicos. Se trata de una singular dramatización de la eternidad, con reflexiones sobre la Creación, la Antropología y la Ética. Así como el mundo fue creado en seis días, su historia se completaría en 6000 años (o 6 000 000 de años), seguidos de 1000 años de descanso (posiblemente cuando se alcance el equilibrio entre las fuerzas morales en conflicto y la vida humana haya llegado a su estado ideal). Al final de este período comenzaría el octavo Día Eterno, cuando el tiempo ya no existiría.

CAPÍTULO 1

1 Había un hombre sabio, un gran artífice, y el Señor concibió amor por él y lo recibió, para que contemplara las moradas más altas y fuera testigo ocular del sabio, grande, inconcebible e inmutable reino de Dios Todopoderoso, de la maravillosa, gloriosa, brillante y multivista posición de los siervos del Señor, del trono inaccesible del Señor, de los grados y manifestaciones de las huestes incorpóreas, de la inefable ministración de la multitud de los elementos, de las diversas apariciones y el canto inexpresable de la hueste de querubines, y de la luz ilimitada.
2 En ese momento, dijo, cuando cumplí 165 años, engendré a mi hijo Mathusal.
3 Después de esto también viví doscientos años y completé de todos los años de mi vida trescientos sesenta y cinco años.
4 El primer día del primer mes estaba solo en mi casa, descansando en mi sofá, y dormí.
5 Y mientras dormía, una gran angustia subió a mi corazón, y lloraba con mis ojos mientras dormía, y no podía entender qué era esta angustia, ni qué me sucedería.
6 Y se me aparecieron dos hombres tan grandes que jamás vi otros semejantes en la tierra; sus rostros resplandecían como el sol, sus ojos eran como una luz ardiente, y de sus labios salía fuego; llevaban vestidos y cantaban canciones de diversas clases, de aspecto púrpura; sus alas eran más brillantes que el oro, sus manos más blancas que la nieve.
7 Estaban de pie a la cabecera de mi sofá y comenzaron a llamarme por mi nombre.
8 Y me desperté de mi sueño y vi claramente a aquellos dos hombres que estaban de pie frente a mí.
9 Y los saludé, y me sobrevino el miedo, y el aspecto de mi rostro cambió por el terror, y aquellos hombres me dijeron:
10 'Ten ánimo, Enoc, no temas; el Dios eterno nos envió a ti, y he aquí, hoy ascenderás con nosotros al cielo, y dirás a tus hijos y a toda tu familia todo lo que deben hacer sin ti en la tierra, en tu casa, y que nadie te busque hasta que el Señor te haga volver a ellos.
11 Y me apresuré a obedecerles y salí de mi casa, y me dirigí a las puertas, como se me había ordenado, y llamé a mis hijos Matusal, Regim y Gaidad y les conté todas las maravillas que aquellos hombres me habían contado.

CAPÍTULO 2

1 Escuchadme, hijos míos: no sé adónde voy ni qué me sucederá; por eso, hijos míos, os digo: no os apartéis de Dios ante los vanos, que no hicieron el cielo ni la tierra, porque estos perecerán, y los que los adoran. Que el Señor os infunda confianza en su temor. Y ahora, hijos míos, que nadie piense en buscarme hasta que el Señor me devuelva a vosotros.

CAPÍTULO 3

1 Cuando Enoc hubo contado esto a sus hijos, los ángeles lo llevaron en sus alas hasta el primer cielo y lo colocaron sobre las nubes. Allí miré, y luego miré más alto, y vi el éter; y me colocaron en el

primer cielo y me mostraron un mar inmenso, mayor que el mar terrenal.

CAPÍTULO 4

1 Trajeron ante mí a los ancianos y gobernantes de los órdenes estelares, y me mostraron doscientos ángeles, que gobiernan las estrellas y sus servicios a los cielos, y vuelan con sus alas y rodean a todos los que navegan.

CAPÍTULO 5

1 Y aquí miré hacia abajo y vi los tesoros de la nieve, y los ángeles que guardan sus terribles almacenes, y las nubes de donde vienen y a donde van.

CAPÍTULO 6

1 Me mostraron el tesoro del rocío, semejante al aceite de la oliva, y el aspecto de su forma, como de todas las flores de la tierra; además, muchos ángeles que guardan los tesoros de estas cosas, y cómo son hechos para cerrarse y abrirse.

CAPÍTULO 7

1 Y aquellos hombres me llevaron y me condujeron al segundo cielo, y me mostraron tinieblas, mayores que las tinieblas terrenales, y allí vi prisioneros colgados, vigilados, esperando el gran e ilimitado juicio, y estos ángeles eran de aspecto oscuro, más que las tinieblas terrenales, y lloraban sin cesar durante todas las horas.
2 Y dije a los hombres que estaban conmigo: «¿Por qué estos son torturados sin cesar?». Ellos me respondieron: «Estos son los apóstatas de Dios, que no obedecieron los mandamientos de Dios, sino que tomaron consejo según su propia voluntad y se apartaron con su príncipe, que también está atado al quinto cielo».
3 Y sentí gran compasión por ellos, y me saludaron, y me dijeron: «Hombre de Dios, ruega por nosotros al Señor»; y yo les respondí: «¿Quién soy yo, un simple mortal, para que ruegue a los ángeles? ¿Quién sabe adónde voy, o qué me sucederá? ¿O quién rogará por mí?»

CAPÍTULO 8

1 Y aquellos hombres me llevaron de allí, y me condujeron hasta el tercer cielo, y me colocaron allí; y miré hacia abajo, y vi los frutos de estos lugares, como nunca se ha conocido por su bondad.
2 Y vi todos los árboles de flores dulces y contemplé sus frutos, que eran de dulce olor, y todos los alimentos que daban, que exhalaban una fragancia fragante.
3 Y en medio de los árboles está el de la vida, en aquel lugar donde reposa el Señor cuando sube al paraíso; y este árbol es de bondad y fragancia inefables, y está adornado más que cualquier otra cosa existente; y por todos lados es de aspecto dorado, bermellón y como de fuego, y lo cubre todo, y da fruto de toda clase de frutos.
4 Su raíz está en el jardín del fin del mundo.
5 Y el paraíso está entre la corruptibilidad y la incorruptibilidad.
6 Y brotan dos fuentes que dan miel y leche, y de sus corrientes brotan aceite y vino; y se dividen en cuatro partes, y siguen su curso tranquilo, y descienden al PARAÍSO DEL EDÉN, entre la corrupción y en la corrupción.
7 Y desde allí se extienden a lo largo de la tierra, y tienen una revolución en su círculo como los demás elementos.
8 Y aquí no hay árbol estéril, y todo lugar es bendito.
9 Y hay trescientos ángeles muy brillantes que cuidan el jardín y que con dulces cánticos incesantes y voces que nunca callan sirven al Señor todos los días y horas.
10 Y yo dije: «¡Qué hermoso es este lugar!», y aquellos hombres me dijeron:

CAPÍTULO 9

1 Este lugar, oh Enoc, está preparado para los justos, que soportan toda clase de ofensas de aquellos que exasperan sus almas, que apartan sus ojos de la iniquidad, y hacen juicio justo, y dan pan al hambriento, y cubren al desnudo con ropa, y levantan al caído, y ayudan a los huérfanos heridos, y que caminan sin falta delante del rostro del Señor, y le sirven solo a él, y para ellos está preparado este lugar como herencia eterna.

CAPÍTULO 10

1 Y aquellos dos hombres me condujeron al lado norte y me mostraron allí un lugar terrible, y había toda clase de torturas en aquel lugar: oscuridad cruel y penumbra sin luz, y no hay luz allí, sino que un fuego turbio arde constantemente en lo alto, y brota un río de fuego, y todo aquel lugar es fuego por todas partes, y por todas partes hay escarcha y

hielo, sed y temblores, mientras que las ataduras son muy crueles, y los ángeles temibles e implacables, portando armas furiosas, tortura sin piedad, y dije:
2 '¡Ay, ay, cuán terrible es este lugar!'
3 Y aquellos hombres me dijeron: «Oh Enoc, este lugar está preparado para los que deshonran a Dios, los que en la tierra practican el pecado contra natura, que es la corrupción de menores según la forma sodomítica, la magia, los encantamientos y las hechicería diabólica, y los que se jactan de sus malas acciones: robos, mentiras, calumnias, envidia, rencor, fornicación, asesinato, y los que, malditos, roban las almas de los hombres, los que, viendo a los pobres quitarles sus bienes y enriquecerse ellos mismos, los perjudican por los bienes ajenos; los que, pudiendo saciar al hambriento, hicieron morir al hambriento; pudiendo vestir al desnudo, despojaron al desnudo; los que no conocieron a su creador y se postraron ante dioses sin alma, que no pueden ver ni oír, dioses vanos, los que también construyeron imágenes talladas y se postraron ante obras impuras, porque para todos ellos está preparado este lugar entre ellos, como herencia eterna.»

CAPÍTULO 11

1 Aquellos hombres me llevaron y me condujeron hasta el cuarto cielo, y me mostraron todos los sucesivos pasos y todos los rayos de luz del sol y de la luna.
2 Y medí sus andanzas y comparé su luz, y vi que la luz del sol es mayor que la de la luna.
3 Su círculo y las ruedas sobre las que se mueve siempre, como un viento que pasa con una velocidad maravillosa, y de día y de noche no tiene descanso.
4 Su paso y regreso están acompañados por cuatro grandes estrellas, y cada estrella tiene debajo de ella mil estrellas, a la derecha de la rueda del sol, y por cuatro a la izquierda, cada una con debajo de ella mil estrellas, en total ocho mil, que salen con el sol continuamente.
5 Y de día le sirven quince miríadas de ángeles, y de noche mil.
6 Y unos hombres de seis alas salieron con los ángeles delante de la rueda del sol, hacia las llamas de fuego; y cien ángeles encendieron el sol y lo prendieron fuego.

CAPÍTULO 12

1 Y miré y vi otros elementos voladores del sol, cuyos nombres son Fénix y Calcídicos, maravillosos y espléndidos, con patas y colas en forma de león, y cabeza de cocodrilo; su aspecto es púrpura, como el arco iris; su tamaño es de novecientas medidas, sus alas son como las de los ángeles, cada uno tiene doce, y asisten y acompañan al sol, llevando calor y rocío, como Dios les ordenó.
2 Así gira el sol y se mueve, y sale bajo el cielo, y su curso pasa bajo la tierra con la luz de sus rayos incesantemente.

CAPÍTULO 13

1 Aquellos hombres me llevaron al oriente y me colocaron a las puertas del sol, por donde sale el sol según la regulación de las estaciones y el ciclo de los meses de todo el año, y el número de horas del día y de la noche,
2 Y vi seis puertas abiertas, cada puerta de sesenta y un estadios y un cuarto de estadio; y las medí con exactitud, y comprendí que su tamaño era tal, por donde sale el sol, y va hacia el oeste, y se vuelve uniforme, y sale a lo largo de todos los meses, y vuelve a ponerse por las seis puertas según la sucesión de las estaciones; así se completa el período de todo el año después del retorno de las cuatro estaciones,

CAPÍTULO 14

1 Y de nuevo aquellos hombres me llevaron a las partes occidentales y me mostraron seis grandes puertas abiertas que correspondían a las puertas orientales, frente a donde se pone el sol, según el número de los días trescientos sesenta y cinco y un cuarto.
2 Así, de nuevo, desciende a las puertas occidentales y lleva consigo su luz, la grandeza de su brillo, bajo la tierra; pues puesto que la corona de su resplandor está en el cielo con el Señor, y custodiada [por cuatrocientos ángeles, mientras el sol gira sobre su rueda bajo la tierra, y permanece siete grandes horas en la noche, y pasa la mitad de su curso bajo la tierra, cuando llega a la aproximación oriental en la octava hora de la noche, trae sus luces, y la corona de resplandor, y el sol arde más que fuego.

CAPÍTULO 15

1 Entonces los elementos del sol, llamados Fénix y Calcídicos, irrumpen en cánticos; por tanto, todo pájaro aletea, regocijándose ante el dador de luz, y irrumpieron en cánticos por mandato del Señor.
2 El dador de luz viene a dar brillo al mundo entero, y el guardián de la mañana toma forma, que son los rayos del sol, y el sol de la tierra sale, y recibe su brillo para iluminar toda la faz de la tierra, y me mostraron este cálculo del ir del sol.
3 Y las puertas por las que entra, estas son las grandes puertas del cómputo de las horas del año; por esta razón el sol es una gran creación, cuyo circuito dura veintiocho años, y vuelve a empezar desde el principio.

CAPÍTULO 16

1 Aquellos hombres me mostraron el otro curso, el de la luna, doce grandes puertas, coronadas de oeste a este, por las cuales la luna entra y sale en los tiempos habituales.
2 Entra por la primera puerta a los lugares occidentales del sol, por las primeras puertas con treinta y un días exactamente, por las segundas puertas con treinta y un días exactamente, por la tercera con treinta días exactamente, por la cuarta con treinta días exactamente, por la quinta con treinta y un días exactamente, por la sexta con treinta y un días exactamente, por la séptima con treinta días exactamente, por la octava con treinta y un días perfectamente, por la novena con treinta y un días exactamente, por la décima con treinta días perfectamente, por la undécima con treinta y un días exactamente, por la duodécima con veintiocho días exactamente.
3 Y pasa por las puertas occidentales en el orden y número de las orientales, y completa los trescientos sesenta y cinco y cuarto días del año solar, mientras que el año lunar tiene trescientos cincuenta y cuatro, y le faltan doce días del círculo solar, que son las epactas lunares de todo el año.
4 [Así también, el círculo máximo contiene quinientos treinta y dos años.]
5 Durante tres años se omite un cuarto de día, el cuarto lo cumple exactamente.
6 Por lo tanto, son llevados fuera del cielo por tres años y no se añaden al número de días, porque cambian el tiempo de los años a dos nuevos meses para su cumplimiento, a otros dos para su disminución.
7 Y cuando se terminan las puertas occidentales, regresa y va a las orientales, a las luces, y así va día y noche alrededor de los círculos celestiales, más bajo que todos los círculos, más veloz que los vientos celestiales, y espíritus y elementos y ángeles volando; cada ángel tiene seis alas.
8 Tiene un curso de siete veces en diecinueve años.

CAPÍTULO 17

1 En medio de los cielos vi soldados armados, sirviendo al Señor, con timbales y órganos, con voz incesante, con dulce voz, con dulce e incesante voz y diversos cantos, que es imposible describir, y que asombra a toda mente, tan maravilloso y estupendo es el canto de aquellos ángeles, y me deleité escuchándolo.

CAPÍTULO 18

1 Los hombres me llevaron al quinto cielo y me colocaron allí, y vi muchos e incontables soldados, llamados Grigori, de apariencia humana, y su tamaño era mayor que el de grandes gigantes y sus rostros estaban marchitos, y el silencio de sus bocas era perpetuo, y no había servicio en el quinto cielo, y dije a los hombres que estaban conmigo:
2 ¿Por qué están tan marchitos, con rostros melancólicos y bocas silenciosas, y por qué no hay servicio en este cielo?
3 Y me dijeron: Estos son los Grigori, que con su príncipe Satanail rechazaron al Señor de la luz, y después de ellos están los que están en gran oscuridad en el segundo cielo, y tres de ellos descendieron a la tierra desde el trono del Señor, al lugar de Ermón, y quebrantaron sus votos en la ladera del monte Ermón 1 y vieron a las hijas de los hombres cuán buenas son, y tomaron para sí mujeres, y contaminaron la tierra con sus obras, quienes en todos los tiempos de su época hicieron anarquía y mezcla, y nacen gigantes y hombres grandes y maravillosos y gran enemistad.
4 Y por eso Dios los juzgó con gran juicio, y lloran por sus hermanos y serán castigados en el gran día del Señor.
5 Y dije a los Grigori: «Vi a vuestros hermanos y sus obras, y sus grandes tormentos, y oré por ellos, pero el Señor los ha condenado a estar bajo tierra hasta que el cielo y la tierra terminen para siempre».
6 Y dije: «¿Por qué esperáis, hermanos, y no servís delante del Señor, y no habéis presentado vuestros servicios delante del Señor, para no enfadar aún más a vuestro Señor?»
7 Y ellos escucharon mi advertencia, y hablaron a los cuatro rangos en el cielo, y he aquí, mientras yo estaba con aquellos dos hombres, cuatro trompetas

sonaron juntas con gran voz, y los Grigori prorrumpieron en cánticos a una sola voz, y su voz subió delante del Señor lastimera y conmovedoramente.

CAPÍTULO 19

1 Y de allí aquellos hombres me llevaron y me subieron al sexto cielo, y allí vi siete grupos de ángeles, muy brillantes y muy gloriosos, y sus rostros resplandecían más que el sol, y no había diferencia en sus rostros, ni en su comportamiento, ni en su forma de vestir; y estos dan las órdenes, y conocen el movimiento de las estrellas, y la alteración de la luna, o la revolución del sol, y el buen gobierno del mundo.
2 Y cuando ven la maldad, hacen mandamientos e instrucciones, y cantos dulces y alegres, y toda clase de alabanzas.
3 Estos son los arcángeles que están por encima de los ángeles, miden toda la vida en el cielo y en la tierra, y los ángeles que están sobre las estaciones y los años, los ángeles que están sobre los ríos y el mar, y que están sobre los frutos de la tierra, y los ángeles que están sobre toda hierba, dando alimento a todos, a todo ser viviente, y los ángeles que escriben todas las almas de los hombres, y todas sus obras, y sus vidas delante del Señor; en medio de ellos hay seis Fénix y seis Querubines y seis ángeles de seis alas que continuamente a una voz cantan a una voz, y es imposible describir su canto, y se regocijan delante del Señor a sus pies.

CAPÍTULO 20

1 Y aquellos dos hombres me elevaron de allí al séptimo cielo, y vi allí una luz muy grande, y tropas ígneas de grandes arcángeles, fuerzas incorpóreas, y dominios, órdenes y gobiernos, querubines y serafines, tronos y seres de muchos ojos, nueve regimientos, las estaciones de luz de Ioanit, y tuve miedo, y comencé a temblar de gran terror, y aquellos hombres me tomaron, y me llevaron tras ellos, y me dijeron:
2 «¡Ánimo, Enoc, no temas!», y me mostró al Señor desde lejos, sentado en su trono excelso. Porque ¿qué hay en el décimo cielo, si el Señor habita aquí?
3 En el décimo cielo está Dios, en la lengua hebrea se le llama Aravat.
4 Y todas las tropas celestiales vendrían y se pararían en los diez escalones según su rango, y se postrarían ante el Señor, y volverían a sus lugares con gozo y felicidad, cantando cánticos en la luz infinita con voces suaves y tiernas, sirviéndole gloriosamente.

CAPÍTULO 21

1 Y los querubines y serafines que estaban alrededor del trono, los de seis alas y muchos ojos, no se apartan, sino que están delante del rostro del Señor, haciendo su voluntad, y cubren todo su trono, cantando con suave voz delante del rostro del Señor: «Santo, santo, santo, Señor Soberano de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria».
2 Cuando vi todas estas cosas, aquellos hombres me dijeron: 'Enoc, hasta aquí nos ha sido mandado viajar contigo', y aquellos hombres se alejaron de mí y desde entonces no los volví a ver.
3 Y me quedé solo al final del séptimo cielo y tuve miedo, y caí sobre mi rostro y me dije: «¡Ay de mí! ¿Qué me ha sucedido?»
4 Y el Señor envió a uno de sus gloriosos, el arcángel Gabriel, y me dijo: «¡Ánimo, Enoc, no temas, levántate ante el rostro del Señor hacia la eternidad, levántate, ven conmigo!».
5 Y yo le respondí, y dije para mis adentros: «Señor mío, mi alma se ha apartado de mí, de terror y temblor», y llamé a los hombres que me habían conducido hasta este lugar, en ellos confié, y con ellos iré delante del rostro del Señor.
6 Y Gabriel me alzó, como una hoja llevada por el viento, y me puso delante del rostro del Señor.
7 Y vi el octavo cielo, que en la lengua hebrea se llama Muzalot, cambiador de las estaciones, de la sequía y de la lluvia, y de los doce signos del zodíaco, que están encima del séptimo cielo.
8 Y vi el noveno cielo, que en hebreo se llama Kuchavim, donde están las moradas celestiales de los doce signos del zodíaco.

CAPÍTULO 22

1 En el décimo cielo, Aravot, vi la apariencia del rostro del Señor, semejante al hierro pulido para brillar en el fuego, y sacado, emitiendo chispas, y ardiendo.
2 Así vi el rostro del Señor, pero el rostro del Señor es inefable, maravilloso y muy espantoso, y muy, muy terrible.
3 ¿Y quién soy yo para hablar de la inefable naturaleza del Señor, y de su rostro maravilloso? No puedo describir la cantidad de sus muchas instrucciones, ni las diversas voces, ni el trono del Señor, grandísimo y no hecho por manos humanas, ni la multitud de los que lo rodean, huestes de

querubines y serafines, ni su canto incesante, ni su belleza inmutable. ¿Quién podrá describir la inefable grandeza de su gloria?
4 Y caí postrado y me incliné ante el Señor, y el Señor con sus labios me dijo:
5 '¡Ánimo, Enoc, no temas, levántate y ponte de pie ante mí por la eternidad!'
6 Y el arzobispo Miguel me levantó y me llevó delante del rostro del Señor.
7 Y el Señor dijo a sus siervos, poniéndolos a prueba: «Dejad que Enoc esté delante de mí para siempre». Y los gloriosos se postraron ante el Señor y dijeron: «Dejad que Enoc se vaya conforme a tu palabra».
8 Y el Señor le dijo a Miguel: «Ve y toma a Enoc de sus vestiduras terrenales, úngelo con mi perfume dulce y vístelo con las vestiduras de mi gloria».
9 Y Miguel hizo así, como el Señor le había dicho. Me ungió y me vistió, y el aspecto de aquel ungüento era más brillante que la luz misma; su ungüento era como dulce rocío, y su aroma suave, resplandeciente como el rayo del sol. Y al mirarme, me vi semejante a uno de sus seres gloriosos.
10 Entonces el Señor llamó a uno de sus arcángeles, llamado Pravuil, cuyo conocimiento era más rápido en sabiduría que el de los demás arcángeles, y que escribía todas las obras del Señor; y el Señor le dijo a Pravuil:
11 'Saca de mis almacenes los libros, y una caña de escribir rápida, y dásela a Enoc, y entrégale de tu mano los libros escogidos y reconfortantes.'

CAPÍTULO 23

1 Y me explicaba todas las obras del cielo, de la tierra y del mar, y todos los elementos, sus pasos y movimientos, y los truenos de los truenos, el sol y la luna, los movimientos y cambios de las estrellas, las estaciones, los años, los días y las horas, las salidas del viento, el número de los ángeles y la composición de sus cantos, y todas las cosas humanas, la lengua de todo canto y vida humana, los mandamientos, las instrucciones y los dulces cantos, y todas las cosas que conviene aprender.
2 Y Pravuil me dijo: «Todo lo que te he contado, lo hemos escrito. Siéntate y escribe sobre todas las almas de la humanidad, sean las que sean, y los lugares preparados para ellas por la eternidad; porque todas las almas están preparadas para la eternidad, antes de la formación del mundo».
3 Y todo esto duró treinta días y treinta noches, y escribí todas las cosas exactamente, y escribí trescientos sesenta y seis libros.

CAPÍTULO 24

1 Y el Señor me llamó y me dijo: «Enoc, siéntate a mi izquierda con Gabriel».
2 Y me postré ante el Señor, y el Señor me habló: Enoc, amado, todo lo que ves, todas las cosas que están terminadas, te lo digo incluso antes del principio, todo lo que creé de la nada, y las cosas visibles de lo invisible.
3 Escucha, Enoc, y comprende estas mis palabras, pues no a mis ángeles he revelado mi secreto, ni les he contado su origen, ni mi reino sin fin, ni han comprendido mi creación, que te cuento hoy.
4 Porque antes de que todas las cosas fueran visibles, yo solo andaba en las cosas invisibles, como el sol de oriente a occidente y de occidente a oriente.
5 Pero hasta el sol tiene paz en sí mismo, mientras que yo no hallé paz, porque estaba creando todas las cosas, y concebí la idea de poner fundamentos, y de crear la creación visible.

CAPÍTULO 25

1 En lo más profundo, ordené que lo visible descendiera de lo invisible, y Adoil descendió muy grande, y lo contemplé, y he aquí que tenía un vientre de gran luz.
2 Y le dije: «Desahógate, Adoil, y deja que lo visible salga de ti».
3 Y se deshizo, y una gran luz resplandeció. Y yo estaba en medio de la gran luz; y como la luz nace de la luz, surgió una gran era, y mostró toda la creación que yo había pensado crear.
4 Y vi que era bueno.
5 Y me puse un trono, y me senté en él, y dije a la luz: «Sube más alto y fíjate sobre el trono, y sé fundamento de las cosas más altas».
6 Y por encima de la luz no hay nada más, y entonces me incliné y miré hacia arriba desde mi trono.

CAPÍTULO 26

1 Y llamé por segunda vez al más bajo, y dije: 'Que Archas salga con fuerza', y salió con fuerza de lo invisible.
2 Y salió Archas, duro, pesado y muy rojo.
3 Y dije: «Ábrete, Arcas, y que de ti nazca». Y se deshizo, y surgió una era, muy grande y muy oscura, que engendró la creación de todas las cosas inferiores; y vi que era bueno y le dije:
4 'Desciende, afírmate y sé fundamento de las cosas inferiores', y sucedió que descendió y se afianzó, y

se convirtió en el fundamento de las cosas inferiores, y debajo de la oscuridad no hay nada más.

CAPÍTULO 27

1 Y ordené que fuera tomado de la luz y de las tinieblas, y dije: «Sé denso», y así fue, y lo extendí con la luz, y se convirtió en agua, y la extendí sobre las tinieblas, debajo de la luz, y entonces hice firmes las aguas, es decir, lo insondable, e hice fundamento de luz alrededor del agua, y creé siete círculos desde dentro, y la fotografié como cristal húmedo y seco, es decir, como vidrio, y la circunscripción de las aguas y los demás elementos, y mostré a cada uno de ellos su camino, y a las siete estrellas, cada una de ellas en su cielo, que así van, y vi que era bueno.
2 Y separé entre la luz y las tinieblas, es decir, en medio de las aguas, a un lado y a otro; y dije a la luz que sería el día, y a las tinieblas que sería la noche; y fue la tarde y la mañana del primer día.

CAPÍTULO 28

1 Y entonces afirmé el círculo celestial, e hice que las aguas inferiores que están debajo del cielo se reunieran en un todo, y que el caos se secara, y así fue.
2 De las olas formé roca dura y grande, y de la roca apilé lo seco, y a lo seco lo llamé tierra, y en medio de la tierra lo llamé abismo, es decir, lo insondable; reuní el mar en un lugar y lo até con un yugo.
3 Y dije al mar: «He aquí que yo te doy tus límites eternos, y no te separarás de tus partes».
4 Así consolidé el firmamento. Hoy me llamé a mí mismo el primer creado.

CAPÍTULO 29

1 Y para todas las tropas celestiales concebí la imagen y esencia del fuego, y mi ojo miró la roca durísima y firme, y del brillo de mi ojo el relámpago recibió su naturaleza maravillosa, que es fuego en el agua y agua en el fuego, y uno no apaga al otro, ni uno seca al otro; por lo tanto, el relámpago es más brillante que el sol, más suave que el agua y más firme que la roca dura.
2 Y de la roca corté un gran fuego, y del fuego creé las órdenes de los diez ejércitos incorpóreos de ángeles, y sus armas son de fuego y sus vestiduras de llama ardiente, y mandé que cada uno estuviera en su orden.
3 Y uno de entre los ángeles, apartándose con el orden que estaba bajo su mando, concibió un pensamiento imposible: colocar su trono más alto que las nubes sobre la tierra, para llegar a ser igual en rango a mi poder.
4 Y lo arrojé desde lo alto con sus ángeles, y volaba en el aire continuamente sobre el abismo.

CAPÍTULO 30

1 Al tercer día ordené a la tierra que hiciera crecer árboles grandes y fructíferos, y colinas, y que sembrara semilla, y planté el Paraíso, y lo cerqué, y puse como guardianes armados ángeles llameantes, y así creé la renovación.
2 Llegó la tarde y la mañana del cuarto día.
3 [Miércoles]. El cuarto día ordené que hubiera grandes luces en los círculos celestiales.
4 En el primer círculo superior coloqué las estrellas, Kruno, y en el segundo Afrodita, en el tercero Aris, en el quinto Zeus, en el sexto Ermis, en el séptimo menor la luna, y lo adorné con las estrellas menores.
5 Y en la parte inferior coloqué el sol para la iluminación del día, y la luna y las estrellas para la iluminación de la noche.
6 El sol que debería ir según cada animal (es decir, signos del zodíaco), doce, y yo establecí la sucesión de los meses y sus nombres y vidas, sus truenos y sus marcas horarias, cómo deberían sucederse.
7 Llegó la tarde y llegó la mañana del quinto día.
8 [Jueves]. El quinto día ordené al mar que produjera peces, aves de muchas clases, y todos los animales que se arrastran sobre la tierra, que andan sobre cuatro patas y que vuelan por los aires, machos y hembras, y toda alma que respira el espíritu de la vida.
9 Y llegó la tarde, y llegó la mañana del sexto día.
10 [Viernes]. El sexto día ordené a mi sabiduría que creara al hombre a partir de siete elementos: uno, su carne de la tierra; dos, su sangre del rocío; tres, sus ojos del sol; cuatro, sus huesos de la piedra; cinco, su inteligencia de la rapidez de los ángeles y de la nube; seis, sus venas y su cabello de la hierba de la tierra; siete, su alma de mi aliento y del viento.
11 Y le di siete naturalezas: a la carne el oído, a los ojos la vista, al alma el olfato, a las venas el tacto, a la sangre el gusto, a los huesos la resistencia, al intelecto el dulzor (es decir, el disfrute).
12 Concebí un dicho ingenioso para decir: Creé al hombre de la naturaleza invisible y de la visible; de ambas proceden su muerte y su vida y su imagen; conoce el habla como alguna criatura, pequeño en grandeza y grande en pequeñez, y lo puse en la tierra, un segundo ángel, honorable, grande y

glorioso, y lo designé como gobernante para gobernar en la tierra y para tener mi sabiduría, y no hubo otro como él en la tierra de entre todas mis criaturas existentes.
13 Y le puse un nombre, de los cuatro puntos cardinales, del este, del oeste, del sur, del norte; y le asigné cuatro estrellas especiales, y lo llamé Adán, y le mostré los dos caminos, la luz y las tinieblas, y le dije:
14 'Esto es bueno, y aquello malo', para que yo sepa si me ama o me odia, para que quede claro quién de su raza me ama.
15 Porque yo he visto su naturaleza, pero él no ha visto la suya; por tanto, al no verla, pecará peor. Y dije: «Después del pecado, ¿qué hay sino la muerte?»
16 Y le hice dormir, y durmió. Y le quité una costilla, y le formé una esposa, para que la muerte le llegara por medio de su esposa; y tomé su última palabra y la llamé madre, es decir, Eva.

CAPÍTULO 31

1 Adán tiene vida en la tierra, y yo creé un jardín en Edén, al oriente, para que guardara el pacto y cumpliera el mandamiento.
2 Le abrí los cielos para que viera a los ángeles cantar el cántico de victoria, y la luz sin tinieblas.
3 Y él estaba continuamente en el paraíso, y el diablo entendió que yo quería crear otro mundo, porque Adán era señor en la tierra, para gobernarla y controlarla.
4 El diablo es el espíritu maligno de los lugares inferiores, como un fugitivo hizo que Sotona descendiera de los cielos, pues su nombre era Satanail, así se diferenció de los ángeles, pero su naturaleza no cambió su inteligencia en cuanto a su comprensión de las cosas justas y pecaminosas.
5 Y entendió su condenación y el pecado que había cometido antes; por tanto, concibió un pensamiento contra Adán, y en tal forma entró y sedujo a Eva, pero no tocó a Adán.
6 Pero maldije la ignorancia; pero lo que antes había bendecido, no lo maldije. No maldije al hombre, ni a la tierra, ni a las demás criaturas, sino al fruto malo del hombre y a sus obras.

CAPÍTULO 32

1 Le dije: 'Tú eres la tierra, y a la tierra de donde te tomé irás, y no te destruiré, sino que te enviaré de donde te tomé.
2 ¡Entonces podré llevarte de nuevo en mi segunda venida!
3 Y bendije a todas mis criaturas, visibles e invisibles. Y Adán estuvo cinco horas y media en el paraíso.
4 Y bendice el séptimo día, que es el sábado, en el cual reposó de todas sus obras.

CAPÍTULO 33

1 Y designé también el octavo día, para que el octavo día fuera el primero creado después de mi obra, y que los primeros siete giraran en la forma del séptimo milenio, y que al comienzo del octavo milenio hubiera un tiempo sin contar, sin fin, sin años ni meses ni semanas ni días ni horas.
2 Y ahora, Enoc, todo lo que te he dicho, todo lo que has entendido, todo lo que has visto de las cosas celestiales, todo lo que has visto en la tierra, y todo lo que he escrito en libros por mi gran sabiduría, todas estas cosas las he ideado y creado desde el fundamento más alto hasta el más bajo y hasta el final, y no hay consejero ni heredero de mis creaciones.
3 Soy autoeterno, no hecho por manos humanas y sin cambio.
4 Mi pensamiento es mi consejero, mi sabiduría y mi palabra están hechas, y mis ojos observan todas las cosas cómo están aquí y tiemblan de terror.
5 Si aparto mi rostro, entonces todo será destruido.
6 Y aplica tu mente, Enoc, y conoce a quien te habla, y toma los libros que tú mismo has escrito.
7 Y te doy a Samuel y a Raguil, que te guiaron hasta allí, y los libros; y baja a la tierra y cuenta a tus hijos todo lo que te he dicho, y todo lo que has visto, desde el cielo más bajo hasta mi trono, y todas las tropas.
8 Porque yo creé todas las fuerzas, y no hay quien me resista ni quien no se someta a mí. Pues todos se someten a mi reinado y trabajan para mi único gobierno.
9 Dadles los libros de la escritura, y los leerán y me conocerán como el creador de todas las cosas, y entenderán que no hay otro Dios fuera de mí.
10 Y que distribuyan los libros de tu escritura, de niño a niño, de generación en generación, de nación en nación.
11 Y yo te daré, Enoc, mi intercesor, al archistratego Miguel, por las escrituras de tus padres Adán, Set, Enós, Cainán, Mahaleleel y Jared tu padre.

CAPÍTULO 34

1 Han rechazado mis mandamientos y mi yugo; ha surgido una semilla inútil que no teme a Dios, y no

se han postrado ante mí, sino que han comenzado a postrarse ante dioses vanos, y han negado mi unidad, y han cargado toda la tierra de mentiras, delitos, abominables lascivias, es decir, entre unos y otros, y toda clase de otras iniquidades, que son repugnantes de relatar.
2 Por tanto, haré descender un diluvio sobre la tierra y destruiré a todos los hombres, y toda la tierra se desmoronará en gran oscuridad.

CAPÍTULO 35

1 He aquí que de su descendencia surgirá otra generación, mucho después; pero muchos de ellos serán muy insaciables.
2 El que levante a esa generación, les revelará los libros de tu escritura, de tus padres, a aquellos a quienes debe señalar la tutela del mundo, a los hombres fieles y obreros de mi voluntad, que no reconocen mi nombre en vano.
3 Y ellos lo contarán a otra generación; y aquellos que hayan leído esto serán glorificados después, más que los primeros.

CAPÍTULO 36

1 Ahora, Enoc, te doy un plazo de treinta días para que pases en tu casa y se lo cuentes a tus hijos y a toda tu familia, para que todos oigan de mi presencia lo que tú les digas, para que lean y entiendan que no hay otro Dios sino yo.
2 Y para que guarden siempre mis mandamientos, y comiencen a leer y a comprender los libros de tu escritura.
3 Y después de treinta días enviaré a mi ángel por ti, y él te llevará de la tierra y de tus hijos a mí.

CAPÍTULO 37

1 Y el Señor llamó a uno de los ángeles más antiguos, terrible y amenazador, y lo puso junto a mí, con aspecto blanco como la nieve, y sus manos como hielo, con aspecto de gran escarcha, y congeló mi rostro, porque no pude soportar el terror del Señor, así como no es posible soportar el fuego de una estufa y el calor del sol, y la helada del aire.
2 Y el Señor me dijo: «Enoc, si tu rostro no se congela aquí, nadie podrá ver tu rostro».

CAPÍTULO 38

1 Y el Señor dijo a aquellos hombres que me llevaron primero arriba: «Dejen que Enoc baje a la tierra con ustedes, y espérenlo hasta el día señalado».
2 Y de noche me pusieron en mi sofá.
3 Y Matusal, que esperaba mi llegada y velaba de día y de noche junto a mi lecho, se llenó de temor al oír que venía, y le dije: «Que se reúna toda mi familia para que les cuente todo».

CAPÍTULO 39

1 ¡Oh hijos míos, amados míos, oíd la exhortación de vuestro padre, en cuanto sea conforme a la voluntad del Señor!
2 Hoy se me ha permitido venir a vosotros y anunciaros, no de mis labios, sino de los labios del Señor, todo lo que es y fue, todo lo que es ahora y todo lo que será hasta el día del juicio.
3 Porque el Señor me ha permitido venir a vosotros; oíd, pues, las palabras de mis labios, de un hombre hecho grande por vosotros; pero yo soy uno que ha visto el rostro del Señor, como hierro pulido por el fuego, que desprende chispas y arde,
4 Ahora veis mis ojos, ojos de hombre llenos de significado para vosotros, pero yo he visto los ojos del Señor, que brillan como los rayos del sol y llenan los ojos del hombre de asombro.
5 Ahora veis, hijos míos, la diestra de un hombre que os ayuda, pero yo he visto la diestra del Señor llenando el cielo cuando me ayudó.
6 Ustedes ven el alcance de mi obra como si fuera la suya propia, pero yo he visto el alcance ilimitado y perfecto del Señor, que no tiene fin.
7 Escuchas las palabras de mis labios, como yo escuché las palabras del Señor, como un gran trueno incesante con el estruendo de las nubes.
8 Y ahora, hijos míos, escuchen las palabras del padre de la tierra: cuán temible y espantoso es presentarse ante el soberano de la tierra; ¡cuánto más terrible y espantoso es presentarse ante el soberano del cielo, el que gobierna sobre vivos y muertos, y sobre las huestes celestiales! ¿Quién puede soportar semejante dolor?

CAPÍTULO 40

1 Y ahora, hijos míos, sé todas las cosas, porque esto viene de los labios del Señor, y esto lo han visto mis ojos, desde el principio hasta el fin.
2 Yo lo sé todo, y todo lo he escrito en libros: los cielos y su fin, y su plenitud, y todos los ejércitos y sus marchas.
3 He medido y descrito las estrellas, la gran e innumerable multitud de ellas.

4 ¿Qué hombre ha visto sus revoluciones y sus entradas? Ni aun los ángeles ven su número, aunque yo he escrito todos sus nombres.
5 Y medí el círculo del sol, y medí sus rayos, conté las horas, escribí también todas las cosas que se mueven sobre la tierra. He escrito las cosas que son nutridas, y toda semilla sembrada y no sembrada, que produce la tierra y todas las plantas, y toda hierba y toda flor, y sus dulces olores, y sus nombres, y las moradas de las nubes, y su composición, y sus alas, y cómo llevan la lluvia y las gotas de lluvia.
6 E investigué todas las cosas, y escribí el camino del trueno y del relámpago, y me mostraron las llaves y sus guardianes, su origen, el camino que recorren; se deja salir con medida (es decir, suavemente) por una cadena, para que no por una cadena pesada y violenta arroje las nubes airadas y destruya todas las cosas sobre la tierra.
7 Escribí sobre los tesoros de la nieve, y los almacenes del frío y los aires helados, y observé al guardián de las llaves de la estación, él llena las nubes con ellos, y no agota los tesoros.
8 Y escribí los lugares de reposo de los vientos, y observé y vi cómo sus guardianes llevaban balanzas y medidas; primero las ponían en una balanza, luego en la otra las pesas y las dejaban salir según la medida astutamente sobre toda la tierra, para que con su fuerte aliento no hicieran que la tierra se convirtiera en roca.
9 Y medí toda la tierra, sus montes y todas las colinas, campos, árboles, piedras, ríos, todas las cosas existentes las escribí, la altura desde la tierra hasta el séptimo cielo, y hacia abajo hasta el infierno más profundo, y el lugar del juicio, y el infierno grande, abierto y lloroso.
10 Y vi cómo los prisioneros sufren, esperando el juicio sin fin.
11 Y anoté todos aquellos que estaban siendo juzgados por el juez, y todos sus juicios (es decir, sentencias) y todas sus obras.

CAPÍTULO 41

1 Y vi a todos los antepasados de todos los tiempos con Adán y Eva, y suspiré y rompí a llorar y dije acerca de la ruina de su deshonra:
2 «¡Ay de mí por mi enfermedad y por la de mis antepasados!», pensé en mi corazón y dije:
3 'Bienaventurado el varón que no ha nacido, o que habiendo nacido no peque delante del Señor, para que no entre en este lugar, ni traiga el yugo de este lugar.

CAPÍTULO 42

1 Vi a los guardianes de las puertas del infierno, semejantes a grandes serpientes, con rostros como lámparas apagadas, ojos de fuego y dientes afilados. Vi todas las obras del Señor, que son justas, mientras que algunas de las obras de los hombres son buenas y otras malas; y en sus obras se conocen los que mienten malvadamente.

CAPÍTULO 43

1 Yo, mis hijos, medí y escribí toda obra, toda medida y todo juicio justo.
2 Así como un año es más honorable que otro, así también un hombre es más honorable que otro, algunos por grandes posesiones, otros por sabiduría de corazón, otros por intelecto particular, otros por astucia, uno por silencio de labios, otro por limpieza, uno por fuerza, otro por hermosura, uno por juventud, otro por ingenio agudo, uno por buena figura, otro por sensibilidad; que se oiga en todas partes, pero no hay nadie mejor que el que teme a Dios, él será más glorioso en el futuro.

CAPÍTULO 44

1 El Señor, con sus manos, creó al hombre a imagen de su rostro; el Señor lo hizo pequeño y grande.
2 Quien insulte el rostro del gobernante y aborrezca el rostro del Señor, ha despreciado el rostro del Señor; y quien desahogue su ira contra alguien sin causarle daño, la gran ira del Señor lo destruirá; quien escupa en el rostro del hombre con reproche, será destruido en el gran juicio del Señor.
3 Bienaventurado el hombre que no guarda rencor contra nadie, y ayuda al oprimido y al condenado, y levanta al quebrantado, y practica la caridad con el necesitado, porque en el día del gran juicio toda pesa, toda medida y toda contrapeso será como en el mercado, es decir, estarán colgados en balanzas y estarán en el mercado, y cada uno aprenderá su propia medida, y según su medida recibirá su recompensa.

CAPÍTULO 45

1 A quien se apresure a presentar ofrendas ante el Señor, el Señor, por su parte, apresurará esa ofrenda concediéndole lo que le corresponde por su obra.
2 Pero a quien aumenta su lámpara delante del Señor y no practica el juicio verdadero, el Señor no aumentará su tesoro en el reino de las alturas.

3 Cuando el Señor exige pan, o velas, o carne (es decir, ganado), o cualquier otro sacrificio, entonces eso no es nada; pero Dios exige corazones puros, y con todo eso solo prueba el corazón del hombre.

CAPÍTULO 46

1 Escuchad, pueblo mío, y prestad atención a las palabras de mis labios.
2 Si alguien trae algún presente a un gobernante terrenal, y tiene pensamientos desleales en su corazón, y el gobernante lo sabe, ¿acaso no se enojará con él, y no rechazará sus presentes, y no lo entregará a juicio?
3 O si uno se hace pasar por bueno ante otro con engaño de lengua, pero tiene maldad en su corazón, ¿acaso no comprenderá el otro la traición de su corazón, y será él mismo condenado, puesto que su mentira era manifiesta a todos?
4 Y cuando el Señor envíe una gran luz, entonces habrá juicio para justos e injustos, y allí nadie escapará a la luz.

CAPÍTULO 47

1 Y ahora, hijos míos, reflexionad en vuestros corazones, prestad atención a las palabras de vuestro padre, que todas os han llegado de labios del Señor.
2 Toma estos libros escritos de puño y letra de tu padre y léelos.
3 Porque muchos son los libros, y en ellos aprenderéis todas las obras del Señor, todo lo que ha sido desde el principio de la creación, y será hasta el fin de los tiempos.
4 Y si guardáis mi escritura, no pecaréis contra el Señor; porque no hay otro fuera del Señor, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en los lugares más bajos, ni en el único fundamento.
5 El Señor puso los cimientos en lo desconocido, y extendió los cielos visibles e invisibles; afirmó la tierra sobre las aguas, y creó innumerables criaturas. ¿Quién ha contado las aguas y el fundamento de lo inestable, o el polvo de la tierra, o la arena del mar, o las gotas de lluvia, o el rocío de la mañana, o el soplo del viento? ¿Quién llenó la tierra y el mar, y el invierno indestructible?
6 Corté las estrellas del fuego, decoré el cielo y lo puse en medio de ellos.

CAPÍTULO 48

1 Que el sol recorra los siete círculos celestes, que son la designación de ciento ochenta y dos tronos, que se ponga en un día corto, y nuevamente ciento ochenta y dos, que se ponga en un día largo, y tiene dos tronos en los que descansa, girando de aquí para allá sobre los tronos de los meses, desde el decimoséptimo día del mes Tsivan baja al mes Thevan, desde el decimoséptimo día de Thevan sube.
2 Y así se acerca a la tierra, entonces la tierra es y hace crecer su fruto, y cuando se aleja, entonces la tierra se entristece, y los árboles y todos los frutos no florecen.
3 Todo esto lo midió, con buena medida de horas, y fijó una medida según su sabiduría, de lo visible y de lo invisible.
4 De lo invisible hizo visibles todas las cosas, siendo él mismo invisible.
5 Así os doy a conocer, hijos míos, y distribuyo los libros a vuestros hijos, en todas vuestras generaciones, y entre las naciones que tengan la capacidad de temer a Dios, que los reciban, y que lleguen a amarlos más que cualquier alimento o dulce terrenal, y que los lean y se apliquen a ellos.
6 Y a los que no entienden al Señor, ni temen a Dios, ni aceptan, sino que rechazan, ni reciben los libros, les espera un juicio terrible.
7 Bienaventurado el hombre que lleve su yugo y los arrastre consigo, porque será liberado en el día del gran juicio.

CAPÍTULO 49

1 Os lo juro, hijos míos, pero no os lo juro por ningún juramento, ni por el cielo ni por la tierra, ni por ninguna otra criatura que Dios creó.
2 El Señor dijo: «En mí no hay juramento ni injusticia, sino verdad».
3 Si no hay verdad en los hombres, que juren por las palabras 'sí, sí', o bien, 'no, no'.
4 Y os juro, sí, sí, que no hay hombre en el vientre de su madre, sin que ya antes, incluso para cada uno, haya un lugar preparado para el reposo del alma, y una medida fija de cuánto se pretende que un hombre sea probado en este mundo.
5 Sí, hijos, no os engañéis a vosotros mismos, porque de antemano ha sido preparado un lugar para cada alma de hombre.

CAPÍTULO 50

1 He puesto por escrito la obra de cada hombre y nadie nacido sobre la tierra puede permanecer oculto ni sus obras pueden permanecer escondidas.
2 Yo veo todas las cosas.

3 Ahora pues, hijos míos, con paciencia y mansedumbre consumáis el número de vuestros días, para que heredéis la vida eterna.
4 Soportad por amor al Señor toda herida, toda lesión, toda palabra malvada y ataque.
5 Si os sobrevienen injusticias, no se las devolváis ni al prójimo ni al enemigo, porque el Señor os las devolverá y será vuestro vengador en el día del gran juicio, para que no haya venganza entre los hombres.
6 Quien de vosotros gaste oro o plata por causa de su hermano, recibirá gran tesoro en el mundo venidero.
7 No hagáis daño a las viudas, ni a los huérfanos, ni a los extranjeros, para que no caiga sobre vosotros la ira de Dios.

CAPÍTULO 51

1 Extiende tus manos a los pobres según tus fuerzas.
2 No escondas tu plata en la tierra.
3 Ayuda al fiel en su aflicción, y la aflicción no te encontrará en el tiempo de tu angustia.
4 Y todo yugo pesado y cruel que venga sobre vosotros, soportadlo todo por causa del Señor, y así hallaréis vuestra recompensa en el día del juicio.
5 Es bueno ir por la mañana, al mediodía y por la tarde a la morada del Señor, para la gloria de tu Creador.
6 Porque todo ser viviente lo glorifica, y toda criatura visible e invisible le rinde alabanza.

CAPÍTULO 52

1 Bienaventurado el hombre que abre sus labios para alabar al Dios de los Ejércitos y alaba al Señor con su corazón.
2 Maldito sea todo aquel que abre sus labios para insultar y calumniar a su prójimo, porque insulta a Dios.
3 Bienaventurado aquel que abre sus labios para bendecir y alabar a Dios.
4 Maldito sea delante del Señor todos los días de su vida, el que abre sus labios para maldecir e insultar.
5 Bienaventurado el que bendice todas las obras del Señor.
6 Maldito el que menosprecia la creación del Señor.
7 Bienaventurado el que mira hacia abajo y levanta al caído.
8 Maldito aquel que anhela y desea la destrucción de lo que no le pertenece.
9 Bienaventurado el que guarda los fundamentos de sus padres, establecidos desde el principio.
10 Maldito el que pervierte los decretos de sus antepasados.
11 Bienaventurado el que siembra paz y amor.
12 Maldito el que perturba a los que aman a su prójimo.
13 Bienaventurado aquel que habla con humilde lengua y corazón a todos.
14 Maldito el que habla de paz con su lengua, cuando en su corazón no hay paz sino espada.
15 Porque todas estas cosas quedarán al descubierto en las balanzas y en los libros, en el día del gran juicio.

CAPÍTULO 53

1 Y ahora, hijos míos, no digáis: “Nuestro padre está delante de Dios y está orando por nuestros pecados”, porque no hay quien ayude a quien ha pecado.
2 Ves cómo escribí todas las obras de cada hombre, antes de su creación, todo lo que se hace entre todos los hombres para siempre, y nadie puede decir ni relatar mi letra, porque el Señor ve todas las imaginaciones del hombre, cuán vanas son, dónde yacen en los tesoros del corazón.
3 Y ahora, hijos míos, presten mucha atención a todas las palabras de su padre que les voy a decir, para que no se arrepientan diciendo: “¿Por qué nuestro padre no nos lo dijo?”.

CAPÍTULO 54

1 En aquel tiempo, sin comprender esto, dejad que estos libros que os he dado os sirvan como herencia de vuestra paz.
2 Entrégalas a todos los que las quieran, e instrúyelos para que vean las obras grandísimas y maravillosas del Señor.

CAPÍTULO 55

1 Hijos míos, he aquí que el día de mi mandato y el tiempo se han acercado.
2 Porque los ángeles que irán conmigo están delante de mí y me instaban a partir de ti; están aquí en la tierra, esperando lo que se les ha dicho.
3 Porque mañana subiré al cielo, a la Jerusalén celestial, a mi herencia eterna.
4 Por tanto, os ruego que hagáis delante del Señor todo lo que él quiera.

CAPÍTULO 56

1 Matosalam, habiendo respondido a su padre Enoc, dijo: '¿Qué es grato a tus ojos, padre, que yo presente ante ti, para que bendigas nuestras moradas y a tus hijos, y para que tu pueblo sea glorificado por medio de ti, y luego puedas partir así, como el Señor dijo?'
2 Enoc respondió a su hijo Matosalam y dijo: 'Escucha, hijo, desde el momento en que el Señor me ungió con el ungüento de su gloria, no he tenido alimento en mí, y mi alma no recuerda los placeres terrenales, ni deseo nada terrenal.

CAPÍTULO 57

1 Hijo mío, Methosalam, convoca a todos tus hermanos, a nuestra familia y a los ancianos del pueblo, para que yo pueda hablar con ellos y partir, como está previsto para mí.
2 Y Matosalam se apresuró a llamar a sus hermanos, Regim, Rimán, Ucán, Quermión, Gaidad y a todos los ancianos del pueblo ante su padre Enoc; y los bendijo, y les dijo:

CAPÍTULO 58

1 Escúchenme, hijos míos, hoy.
2 En aquellos días, cuando el Señor descendió a la tierra por causa de Adán, y visitó a todas sus criaturas, que él mismo había creado, después de todas ellas creó a Adán, y el Señor llamó a todas las bestias de la tierra, a todos los reptiles y a todas las aves que vuelan en el cielo, y las trajo a todas delante de nuestro padre Adán.
3 Y Adán puso nombre a todos los seres que habitan sobre la tierra.
4 Y Jehová lo nombró gobernante sobre todo, y todas las cosas bajo su mano fueron sometidas a él, y las hizo mudas y torpes para que fueran mandadas por el hombre, y estuvieran sujetas y obedecidas a él.
5 Así también el Señor creó a cada hombre señor de todas sus posesiones.
6 El Señor no juzgará ni una sola alma de bestia por causa del hombre, sino que juzgará las almas de los hombres según sus bestias en este mundo; porque los hombres tienen un lugar especial.
7 Y así como cada alma de hombre es según su número, de igual manera las bestias no perecerán, ni todas las almas de las bestias que el Señor creó, hasta el gran juicio, y acusarán al hombre, si las alimenta mal.

CAPÍTULO 59

1 Quien contamina el alma de los animales, contamina su propia alma.
2 Porque el hombre trae animales limpios para ofrecerlos en sacrificio por el pecado, para que tenga curación de su alma.
3 Y si traen en sacrificio animales limpios, y aves, el hombre tiene cura, él cura su alma.
4 Todo lo que se te da para alimento, átalo por los cuatro pies, y así se hará la cura, y él curará su alma.
5 Pero quien mata a un animal sin herirlo, mata su propia alma y contamina su propia carne.
6 Y quien en secreto haga daño a algún animal, está cometiendo una mala práctica y contamina su propia alma.

CAPÍTULO 60

1 Quien obra la muerte del alma de un hombre, mata su propia alma y mata su propio cuerpo, y no hay cura para él en ningún tiempo.
2 Quien ponga a un hombre en una trampa, quedará atrapado en ella, y no habrá para él cura jamás.
3 El que ponga a un hombre en cualquier recipiente, su retribución no faltará en el gran juicio para siempre.
4 El que obra de forma deshonesta o habla mal de alguien, no se hará justicia a sí mismo en ningún tiempo.

CAPÍTULO 61

1 Y ahora, hijos míos, guarden sus corazones de toda injusticia, que el Señor aborrece. Como cuando alguien pide a Dios por su propia vida, así también debe pedirle a Dios por toda persona viviente, porque yo lo sé todo: que en el gran tiempo venidero hay muchas moradas preparadas para los hombres, buenas para los buenos y malas para los malos, innumerables.
2 Bienaventurados los que entran en las casas buenas, porque en las malas (es decir, casas) no hay paz ni retorno (es decir, de ellas).
3 ¡Escuchad, hijos míos, pequeños y grandes! Cuando el hombre pone un buen pensamiento en su corazón, y trae ofrendas del fruto de su trabajo delante del Señor, y no las hizo con sus manos, entonces el Señor apartará su rostro del trabajo de sus manos, y él (es decir, el hombre) no podrá hallar fruto del trabajo de sus manos.
4 Y si sus manos lo hicieron, pero su corazón murmura, y su corazón no deja de murmurar incesantemente, no tiene ningún provecho.

CAPÍTULO 62

1 Bienaventurado el hombre que con paciencia y fe presenta sus ofrendas ante el Señor, porque hallará perdón de los pecados.
2 Pero si se retracta antes de tiempo, no hay arrepentimiento para él; y si pasado el tiempo y no hace por su propia voluntad lo prometido, no hay arrepentimiento después de la muerte.
3 Porque toda obra que el hombre hace antes del tiempo, es engaño delante de los hombres y pecado delante de Dios.

CAPÍTULO 63

1 Cuando el hombre viste al desnudo y da de comer al hambriento, hallará recompensa de Dios.
2 Pero si su corazón murmura, comete un doble mal: la ruina de sí mismo y de lo que da; y para él no hallará recompensa por ello.
3 Y si su propio corazón está lleno de su comida y su propia carne (es decir, revestida) con su ropa, comete desprecio, y pierde toda su resistencia a la pobreza, y no hallará recompensa por sus buenas obras.
4 Todo hombre orgulloso y arrogante es aborrecible para el Señor, y toda palabra falsa, revestida de mentira; será cortada con la espada de la muerte, arrojada al fuego y arderá por siempre.

CAPÍTULO 64

1 Cuando Enoc hubo pronunciado estas palabras a sus hijos, todos, de cerca y de lejos, oyeron cómo el Señor llamaba a Enoc. Entonces deliberaron juntos:
2 'Vayamos a besar a Enoc' y dos mil hombres se reunieron y llegaron al lugar de Achuzan, donde estaba Enoc y sus hijos.
3 Y los ancianos del pueblo, toda la asamblea, se acercaron y se postraron y comenzaron a besar a Enoc y le dijeron:
4 'Padre nuestro Enoc, bendito seas por el Señor, el eterno gobernante, y ahora bendice a tus hijos y a todo el pueblo, para que seamos glorificados hoy delante de tu rostro.
5 Porque serás glorificado delante del Señor para siempre, pues el Señor te escogió a ti antes que a todos los hombres de la tierra, y te designó autor de toda su creación, visible e invisible, redentor de los pecados de los hombres y auxiliar de tu familia.

CAPÍTULO 65

1 Y Enoc respondió a todo su pueblo diciendo: 'Escuchen, hijos míos, antes de que todas las criaturas fueran creadas, el Señor creó las cosas visibles e invisibles.
2 Y cuanto tiempo hubo y transcurrió, entiendan que después creó al hombre a su imagen y semejanza, y le puso ojos para ver, y oídos para oír, y corazón para reflexionar, y entendimiento para deliberar.
3 Y vio Jehová todas las obras del hombre, y creó todas sus criaturas, y dividió el tiempo, del tiempo fijó los años, y de los años señaló los meses, y de los meses señaló los días, y de los días señaló siete.
4 Y en esos días señaló las horas, las midió con exactitud, para que el hombre pudiera reflexionar sobre el tiempo y contar los años, los meses y las horas, su alternancia, su principio y su fin, y para que pudiera contar su propia vida, desde el principio hasta la muerte, y reflexionar sobre su pecado y escribir su obra mala y buena; porque ninguna obra está oculta delante del Señor, para que cada hombre conozca sus obras y no transgreda jamás ninguno de sus mandamientos, y guarde mi escritura de generación en generación.
5 Cuando toda la creación visible e invisible, tal como la creó el Señor, llegue a su fin, entonces cada hombre irá al gran juicio, y entonces todo el tiempo perecerá, y los años, y desde entonces no habrá ni meses ni días ni horas, sino que estarán unidos y no serán contados.
6 Habrá un eón, y todos los justos que escapen del gran juicio del Señor serán reunidos en el gran eón, pues para los justos comenzará el gran eón, y vivirán eternamente, y entonces también no habrá entre ellos ni trabajo, ni enfermedad, ni humillación, ni ansiedad, ni necesidad, ni violencia, ni noche, ni oscuridad, sino gran luz.
7 Y tendrán una gran muralla indestructible y un paraíso brillante e incorruptible, porque todas las cosas corruptibles pasarán, y habrá vida eterna.

CAPÍTULO 66

1 Y ahora, hijos míos, guardad vuestras almas de toda injusticia, como la que el Señor aborrece.
2 Caminad delante de él con terror y temblor, y servidle solo a él.
3 Inclinaos ante el Dios verdadero, no ante ídolos mudos, sino ante su imagen, y presentad toda ofrenda justa ante el Señor. El Señor aborrece la injusticia.
4 Porque el Señor ve todas las cosas; cuando el hombre toma un pensamiento en su corazón, entonces Él aconseja los intelectos, y todo pensamiento está siempre delante del Señor, quien

afirmó la tierra y puso sobre ella a todas las criaturas.
5 Si miras al cielo, allí está el Señor; si contemplas las profundidades del mar y todo lo que hay debajo de la tierra, allí está el Señor.
6 Porque el Señor creó todas las cosas. No se inclinen ante las cosas hechas por el hombre, dejando de lado al Señor de toda la creación, porque ninguna obra puede permanecer oculta ante el Señor.
7 Andad, hijos míos, en paciencia, en mansedumbre, honestidad, en provocación, en dolor, en fe y en verdad, confiando en las promesas, en enfermedad, en abuso, en heridas, en tentación, en desnudez, en privación, amándoos unos a otros, hasta que salgáis de esta era de males, para que lleguéis a ser herederos de la eternidad.
8 Bienaventurados los justos que escapen del gran juicio, porque resplandecerán siete veces más que el sol; pues en este mundo la séptima parte ha sido quitada de todo: luz, oscuridad, alimento, gozo, tristeza, paraíso, tormento, fuego, hielo y demás cosas; todo lo puso por escrito para que vosotros leyerais y comprendierais.

CAPÍTULO 67

1 Cuando Enoc hubo hablado al pueblo, el Señor envió tinieblas sobre la tierra, y hubo tinieblas, y cubrieron a aquellos hombres que estaban con Enoc, y llevaron a Enoc al cielo más alto, donde está el Señor; y él lo recibió y lo puso delante de su rostro, y las tinieblas se fueron de la tierra, y volvió la luz.
2 Y el pueblo vio y no entendió cómo Enoc había sido llevado, y glorificó a Dios, y halló un rollo en el que estaba trazado 'el Dios invisible'; y todos volvieron a sus casas.

CAPÍTULO 68

1 Enoc nació el sexto día del mes de Tsivan y vivió trescientos sesenta y cinco años.
2 Fue llevado al cielo el primer día del mes de Tsivan y permaneció en el cielo sesenta días.
3 Él escribió todos estos signos de toda la creación, que el Señor creó, y escribió trescientos sesenta y seis libros, y los entregó a sus hijos y permaneció en la tierra treinta días, y fue llevado de nuevo al cielo el sexto día del mes de Tsivan, en el mismo día y hora en que nació.
4 Así como la naturaleza de todo hombre en esta vida es oscura, también lo son su concepción, su nacimiento y su partida de esta vida.
5 A la hora en que fue concebido, a esa hora nació, y a esa misma hora murió.
6 Matosalam y sus hermanos, todos los hijos de Enoc, se apresuraron y erigieron un altar en el lugar llamado Achuzan, de donde y donde Enoc había sido llevado al cielo.
7 Y tomaron bueyes para el sacrificio, convocaron a todo el pueblo y ofrecieron el sacrificio delante del Señor.
8 Todo el pueblo, los ancianos del pueblo y toda la asamblea vinieron a la fiesta y trajeron regalos a los hijos de Enoc.
9 Y celebraron un gran banquete, regocijándose y divirtiéndose durante tres días, alabando a Dios, que les había dado tal señal por medio de Enoc, quien había hallado gracia ante él, y que la transmitirían a sus hijos de generación en generación, de siglo en siglo.
10 Amén.